

# NELL LEYSHON

## El bosque

TRADUCCIÓN DE INGA PELLISA

narrativa sex topico



## **El bosque**

**El bosque**  
NELL LEYSHON  
TRADUCCIÓN DE INGA PELLISA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The Forest*

Copyright © NELL LEYSHON, 2019

Primera edición: 2019

Traducción  
© INGA PELLISA

Imagen de portada  
*Crist mill*, ANDREW WYETH (1917 - 2009), 1968.  
Acuarela sobre papel (50,8 x 71,4 cm). Colección privada

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
COFÁS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-17517-28-1  
Depósito legal: M-6589-2019

Impreso en España

Para Jan Pienkowski

Y para mis hijos.  
Ah, qué cosa esta, tener un hijo.

dos cartas

ciudad

una cuchara  
un trapo  
un cristal  
un paño rojo  
una funda de almohada  
una taza de porcelana  
un cordón  
un vestido rojo  
una camisa azul  
un libro  
una sábana fría  
una esquirra de cristal  
una aguja e hilo  
una mancha de sangre  
una puerta  
polvo

bosque

*betula pendula*  
*solanum tuberosum*  
*brassica oleracea*  
*boletus edulis*  
*triticum aestivum*  
*triticum aestivum*  
*boletus edulis*  
*brassica oleracea*  
*solanum tuberosum*  
*betula pendula*

pueblo

polvo  
una puerta  
una mancha de sangre  
una aguja e hilo  
una esquirra de cristal  
una sábana fría  
un libro  
una camisa azul  
un vestido rojo  
un cordón  
una taza de porcelana  
una funda de almohada  
un paño rojo  
un cristal  
un trapo  
una cuchara

dos cartas

## DOS CARTAS

Sofía oye cómo se abre y se cierra el buzón, oye el peso de las cartas cayendo sobre el suelo de tarima.

Suspira. Se supone que tiene que esperar a la cuidadora del mediodía, pero no llegará hasta dentro de tres horas. Mira por la ventana. Ha dejado de llover y el cielo ya está despejándose.

Tres horas.

Sabe lo que pasará cuando llegue la mujer. Entrará y se quitará los zapatos, se pondrá las zapatillas que lleva en una bolsa dentro del bolso. Recogerá las cartas del suelo con ese cuerpo joven capaz de agacharse tan grácilmente, y luego entrará en el cuarto de atrás y anunciará: «Ya estoy aquí», como si Sofía no lo supiera, y le entregará las cartas.

Sofía lo sabe todo, desde el pequeño mundo de su sillón.

Tiene una mesita a su izquierda. Aparta el cuenco de gachas que le ha preparado la cuidadora de la mañana. Se ha comido sólo la mitad. No llevan nada de azúcar. A su edad, ¿qué mal le van a hacer unas cucharaditas de azúcar? De hecho, no se acabaría el mundo si rompiera un puñetero paquete y se lo comiera entero, si lo triturase grano a grano entre sus dientes postizos.

Junto al cuenco de gachas está el periódico, plegado por la página del crucigrama. Le echa un vistazo, pero no consigue reunir el entusiasmo: ¿importa, sinceramente, qué palabra vaya aquí o allá? Despliega el periódico para ver la portada y leer los titulares. Éste es el problema de vivir demasiado: el bucle incesante de estupidez, cómo ignoran los seres humanos las lecciones de la historia.

Ella sabe demasiado.



Tres horas.

Podría encender la radio, pero eso supondría permitir que otro escogiese la música por ella. También podría ver la tele, sólo que antes preferiría clavarse una aguja de tejer en el ojo. Qué pensamientos más violentos le vienen a la cabeza ahora que es vieja. Pliega de nuevo el periódico, lo deja en la mesa. Vuelve a mirar por la ventana.

Tres horas. Insoportable.

Pulsa el botón para enderezar el asiento reclinable y luego apoya las manos en ambos reposabrazos y se impulsa arriba. Alarga el brazo hacia el andador, se agarra. Ahí. De pie. Y ahora lo avanza un poco, da un paso adelante. Otro poco, otro paso adelante. Va recorriendo el laborioso camino desde el cuarto de atrás a la puerta principal.

Los antibióticos. Es todo culpa de los antibióticos.

Antes la habrían dejado en algún rincón con una escurridera y un montón de patatas por pelar, y cuando le entraran los estertores la tumbarían en una cama, hasta que una noche dejara de respirar y se le parara el corazón. Ahora no. Ahora al primer asomo de tos o de fiebre aparecen con sus frascos de pastillas. La idea de un ciclo natural de la vida ha desaparecido.

Avanza por el pasillo paso a paso, con cautela. La luz entra por el vitral; el corazón rojo resplandece rodeado de hojas verdes. Hay dos cartas en el suelo. Se acerca hasta ellas, gira el andador, se suelta de una mano y se agacha muy despacio. Acaricia los sobres con los dedos pero no alcanza a cogerlos. Lo intenta de nuevo, fuerza un poco más, consigue pillar uno del borde, luego el otro. Se los pasa a la mano izquierda y da media vuelta, regresa por el pasillo, de nuevo a su sillón.

Ahí. Lo ha conseguido, y se van a subir por las paredes. Bueno, pues que se suban. Si se cae, se cae. ¿La alternativa cuál es? ¿Quedarse para siempre en el mundo seguro del sillón?

Dos cartas.

La primera carta va en un sobre con una pequeña ventana transparente que deja ver su nombre y dirección. Lleva el logo de un banco, pero no del suyo. Sabe lo que es: otra oferta

de una tarjeta de crédito. Lo que tendría que hacer es pedir-las todas, ponerse a gastar hasta el límite de crédito, y luego rechazar la siguiente tanda de antibióticos y llevarse todas las deudas a la tumba. Así aprenderían. Bueno, en realidad no, porque nunca aprenden. Recordémoslo, el bucle incesante de estupidez.

La segunda carta tiene un aire más prometedor. Caligrafía negra y enérgica, papel blanco y grueso. Un sobre de verdad. Un sobre como los de antes. Le da la vuelta y mira el dibujito que hay junto a la solapa: un viejo de pelo largo con un par de tijeras de podar, listo para cortar el borde. Sonríe. Abre el sobre, con cuidado de no rasgar el dibujo, y saca la tarjeta.

Una invitación escrita a mano. Al final de todo pone *RSVP*, seguido de las palabras, entre paréntesis: (*No te molestes. Tú vienes*).

Piensa en la logística que implicaría aceptar la invitación. Ya le ha costado coger esas cartas del suelo; para acudir ahí necesitaría que la llevara a hombros un ejército, como a una reina anciana.

Lo vuelve a leer.

(*No te molestes. Tú vienes*).

Sonríe. Ah, a hacer puñetas. Por sus narices que va a ir.

Cuando llaman a la puerta, Paul está bebiendo la segunda taza de café solo y cargado del día y fumándose el primer cigarrillo. Deja la taza sobre la mesa, sale al pasillo de la cocina y se encamina a la puerta principal.

El cartero lleva un fajito de cartas, la más grande lo es demasiado para entrar en el buzón. Cruzan algunas palabras sobre el tiempo, que anda revuelto, y sobre el descenso del volumen de cartas ahora que el correo electrónico ha cuajado de verdad. Se despiden y Paul cierra la puerta.

Lleva las cartas a la cocina, las deja entre los restos de la cena de la noche anterior, sobre la mesa de madera. Coge su café, lo termina, y luego apaga el cigarrillo. Dos de las cartas

son correo comercial. Una es de una empresa que vende seguros baratos para personas mayores. Malditos caraduras. ¿Es que no saben que él todavía se siente como si tuviese doce años? Las otras tres son cartas de verdad. Una tiene pinta de factura. La siguiente es del banco. La última, la más grande, la que no cabía en el buzón, va en un sobre marrón con uno de los lados reforzado con cartón para que el contenido no se doble. Lleva la dirección de Paul en la etiqueta. El sello es polaco. *Polska*, dice. *Polska*.

Es la carta que estaba esperando.

Le da la vuelta. La solapa está cerrada, bien pegada con cinta adhesiva. No lleva remite. Le da otra vez la vuelta, mira la etiqueta, el sello. Un sello de verdad, no uno de esos impresos con franqueadora automática. Una etiqueta con letras de imprenta, que no es del todo cuadrada, sino que está un poco torcida a la derecha. La huella de unas manos humanas. Alguien en una oficina debe encargarse de responder a las peticiones de información. Alguien debe de hacer este trabajo.

Está todavía mirando el sobre, y éste está todavía en sus manos. Lo esperaba, sí, pero no tan pronto. No con esta diligencia.

Lo vuelve a dejar sobre la mesa de madera de la cocina. Habla para sí, en silencio, en un intento de apaciguar su corazón.

No ha cambiado nada. Todo sigue igual. El sobre ha llegado, nada más. Ponte otro café. Enciéndete otro cigarrillo. Acércate a la ventana de la cocina, contempla el jardín.

Se queda allí de pie hasta que apura el cigarro y el café, y luego regresa a la mesa. El sobre sigue ahí. Con un gesto rápido, lo gira para que quede boca abajo. Su nombre y su dirección desaparecen.

Ahí. Sólo porque esté aquí en casa, sólo porque haya llegado, no significa que tenga que abrirlo.

Y de todos modos, cuando lo abra, tampoco cambiará nada.